

# Introducción

Si hay un estado colectivo, predominante, entre humanistas y científicos sociales, en relación con los procesos de evaluación, quizá sea este el malestar. Un estado que proviene del desacuerdo con los criterios y procesos de evaluación, de la desconfianza hacia quienes los proponen y aplican, de las experiencias propias y ajenas y también, en ocasiones, del rechazo a que la investigación sea evaluada.

Tras ese malestar —común denominador entre investigadores— se encuentran múltiples y variados argumentos, sentimientos, informaciones e incluso desinformaciones. Y en ellos merece la pena detenerse. En primer lugar, porque la evaluación de la investigación es una necesidad irrenunciable, como lo es en otros sectores de actividad, y en consecuencia debe hacerse lo posible por lograr cierta aceptación entre los investigadores. Así ocurre en cierto modo entre los investigadores de las denominadas *ciencias positivas*, que, a pesar de ser críticos con algunos criterios aplicados en los procesos de evaluación, especialmente en algunas disciplinas como la Ingeniería, la Arquitectura, la Medicina Clínica o las Ciencias de la Tierra, están más o menos conformes con los procedimientos que se siguen para su evaluación o, dicho de otro modo, existen ciertos consensos básicos que permiten que los procesos de evaluación no sean objeto constante de debate.

En las Humanidades y las Ciencias Sociales la situación es ciertamente diferente. Se cuestionan regularmente los métodos de evaluación, que se consideran importados del resto de las ciencias; también las fuentes y los criterios, no solo los que están vinculados a grandes empresas, sino también aquellos que se proponen para defender mejor los modos naturales de comunicación científica en estas disciplinas. Se huye de los criterios cuantitativos y parece confiarse en la evaluación de contenidos que puedan realizar los expertos en cada disciplina, pero, al mismo tiempo, son muy frecuentes las

voces de quienes critican la conformación de los paneles de expertos, la falta de especialistas en algunas áreas, la subjetividad de las evaluaciones y, por supuesto, los sesgos que se producen por muy distintas razones, entre ellas, por la *escuela* a la que se pertenezca. Aparentemente, no hay consensos mínimos ni entre los propios investigadores, ni entre estos y las agencias de evaluación, ni entre estas mismas (cada una propone sus propios criterios) ni entre los editores de revistas científicas y editoriales.

Las discusiones y publicaciones sobre la evaluación de las Humanidades y las Ciencias Sociales se repiten, con distintos grados de intensidad, tonos e intereses, en diferentes lugares del mundo. En algunos países, como el Reino Unido, con una larga trayectoria de evaluación científica a sus espaldas, el debate mantenido en el tiempo entre la comunidad científica y los gestores del Research Assessment Exercise (RAE) ha sido constructivo, dando lugar a un reciente cambio de planteamientos en la evaluación bastante significativo. Las enormes críticas formuladas por los investigadores sobre la utilización de indicadores de impacto en el RAE y la propia autocrítica de los organismos financiadores (ej., Higher Education Funding Council for England), que han promovido estudios sobre la utilidad de los indicadores bibliométricos<sup>1</sup> en este mismo proceso de evaluación, fueron modificando la convocatoria hasta que el nuevo Research Excellence Framework (REF), que propone una evaluación más cualitativa y observadora de la repercusión real de la investigación, afirma rotunda y repetidamente: «The sub-panels (...) will neither receive nor make use of any citation or bibliometric data to inform their judgements»<sup>2</sup>.

Es este un claro ejemplo de que la controversia asociada siempre a la evaluación científica en Humanidades y Ciencias Sociales no tiene por qué desembocar en vía muerta. También de que la escucha atenta de los argumentos de las distintas partes de la comunidad académica, así como la autocrítica, son absolutamente fundamentales para poder llegar a un mínimo consenso y crear, de paso, un clima de trabajo más tranquilo y atractivo para investigar.

---

<sup>1</sup> <http://www.ref.ac.uk/background/bibliometrics/>

<sup>2</sup> Se encuentra referida al panel D, que incluye distintas disciplinas de Humanidades y Ciencias Sociales, pero también a otros: [http://www.ref.ac.uk/media/ref/content/pub/panelcriteriaandworkingmethods/01\\_12\\_2D.pdf](http://www.ref.ac.uk/media/ref/content/pub/panelcriteriaandworkingmethods/01_12_2D.pdf)

En ese plano y con esa intención se inscribe este libro, que pretende ser una suerte de conversación, sosegada y en diferido, en la que participan las distintas voces que se han podido escuchar en la academia española en torno a la evaluación científica en Humanidades y Ciencias Sociales. Durante el año 2009, en el proceso de análisis de resultados de una encuesta masiva que realizamos entre humanistas y científicos sociales<sup>3</sup> sobre publicaciones científicas, me llamó poderosamente la atención no solo el número de participantes —5368 y 45,6% de tasa de respuesta, algo infrecuente en estudios de estas características—, sino también la cantidad de comentarios, ideas y opiniones que formularon sobre los sistemas de evaluación en su conjunto, procedentes de investigadores de todas las disciplinas, con distintos perfiles y con distinta fortuna en los procesos de evaluación. La riqueza, variedad y representatividad de estas aportaciones merecían ser analizadas cualitativamente para profundizar así en algunas cuestiones fundamentales que atañen a la evaluación científica, y que no han sido tan estudiadas en la literatura científica: ¿por qué se critican los sistemas de evaluación vigentes?; ¿cuáles son los puntos débiles o los menos aceptados?; ¿qué argumentos se aportan?; ¿qué grado de consenso existe en el conjunto de la comunidad académica sobre los sistemas de evaluación?; ¿cómo afectan los resultados de las evaluaciones a los investigadores?; ¿qué actitudes y sentimientos se detectan?; ¿qué repercusiones tiene o puede llegar a tener el desarrollo de la propia investigación?

Con la intención de poder resolver parcialmente estas preguntas, solicité una acción complementaria<sup>4</sup> al entonces Ministerio de Ciencia e Innovación, que me fue concedida y que me ha permitido escribir y publicar este libro. También el proyecto de investigación *Evaluación de editoriales científicas de libros en Ciencias Humanas y Sociales a través de la opinión de los expertos y del análisis de los procesos HAR2011-30383-C02-01* que tuve la oportunidad de dirigir entre 2012 y 2014, y que fue financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, ha sido fuente fundamental para algunos capítulos de este libro. Lo que empezó siendo un intento por exponer la voz de quienes

---

<sup>3</sup> *Valoración integrada de las revistas españolas de Ciencias Sociales y Humanas mediante la aplicación de indicadores múltiples*, dirigido por Emilio Delgado López-Cozar y Elea Giménez-Toledo, dio lugar a RESH: <http://epuc.cchs.csic.es/resh>

<sup>4</sup> *Opinión de los humanistas y científicos sociales acerca de los sistemas de evaluación en sus áreas de conocimiento. Análisis cualitativo*. (2011-2013)

quisieron expresarse en aquella encuesta sobre los procesos de evaluación se fue transformando paulatinamente y de una manera natural en una suerte de discusión escrita y serena entre los distintos actores de la comunidad académica. Si bien los ejes fundamentales del libro son las opiniones de los investigadores —diversas, heterogéneas, muchas veces contrapuestas entre sí—, el texto aporta otros argumentos, contraargumentos o desarrollos de ideas, procedentes de los muchos años de investigación en la evaluación de la actividad científica, del trabajo continuado con editores de revistas, agencias de evaluación y con investigadores —entre ellos los de mi área, los estudios de la ciencia—, y, por supuesto, de la experiencia vivida como vicedirectora del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, encargada precisamente de las cuestiones relativas a la evaluación de la actividad científica.

Todas estas yuxtaposiciones han permitido mostrar en estas páginas una síntesis de lo que hay y de lo que se suele pensar en torno a la evaluación de las Humanidades y de las Ciencias Sociales. Creo no errar si digo que no hay muchos más argumentos que se barajen sobre este tema, aunque sí, claro está, muchos más matices, referencias, datos y ejemplos. El trabajo realizado para redactar este libro ha hecho que afloraran algunas razones por las que no hay más concordia, lo que puede permitir un análisis constructivo de la cuestión. Pero también ha constatado una realidad (afortunadamente no generalizable) que impide ser tan optimista: en ocasiones las ideas tratan de imponerse, se pierden las normas más básicas de convivencia y educación y la ética se tambalea. Como decían los autores de *Fakes & Frauds*, en relación con el comercio antiguo del libro, «not all the individuals involved in the trade have been driven by the purest motives»<sup>5</sup>. No es novedoso, pero en la academia ocurre lo mismo.

La dificultad que entraña no solo tratar con opiniones, sino también buscar un equilibrio en la representación de todas ellas, hizo necesario sistematizar el análisis de las respuestas abiertas de la mencionada encuesta. A una primera lectura general de todas ellas, siguió una lectura más minuciosa y una asignación de descriptores para cada una de las respuestas. Con ellos fue posible determinar o, más bien, corroborar, los grandes temas que preocupan

---

<sup>5</sup> Myers, Robin and Michael Harris. *Fakes & Frauds: varieties of deception in print & manuscript*. Winchester: St Paul's bibliographies, 1989.

y surgen al hablar de evaluación científica en Humanidades y Ciencias Sociales y que han constituido, naturalmente, los ejes de este libro: la relación entre la calidad de la investigación y los indicadores de las publicaciones, el controvertido valor de los indicadores de impacto, el rol y el valor del libro académico en las Humanidades y Ciencias Sociales, la internacionalidad de la investigación y de las publicaciones, la multidisciplinariedad y especialización, algunas cuestiones intrínsecas a los procesos de publicación, los tiempos en la publicación y la relación *open access*/evaluación científica.

En este punto tengo que agradecer la conversación con Pura Fernández, que nos llevó al título de este libro, el apoyo y el trabajo de Pablo Perdiguero Domínguez y, muy especialmente, de Jorge Mañana Rodríguez, que con su trabajo riguroso, constante, crítico y entusiasta me ha ayudado y alentado en la redacción de este libro. Y hablando de apoyo y de afectos, cómo no recordar a quienes cada día, en casa, hacen de mi vida algo muy especial.

Expresar, analizar y discutir las diversas opiniones en torno a un tema controvertido es una tarea tan compleja como apasionante. Creo, además, que requiere de un tacto especial. Mi intención ha sido escribir con claridad de los problemas detectados, sin herir sensibilidades. Espero haberlo logrado.

El análisis de todas las opiniones expresadas por los investigadores, no solo en la encuesta, sino en las innumerables conversaciones, mensajes, congresos o reuniones en los que he participado directamente, ha mostrado una evidencia clarísima: existe una taxonomía de investigadores según su posición ante los procesos de evaluación —con pocas pero nítidas categorías— y existen *escuelas de pensamiento* también entre los especialistas de estudios de la ciencia. En el primer capítulo se trata algo más esta cuestión.

Este libro surgió con la idea de *escuchar* calmadamente los argumentos de los investigadores, de aquellos que dieron su voz en nuestro estudio. Por eso, este libro busca a lectores que quieran hacer lo mismo: escuchar, atender a los argumentos de los otros, dedicar tiempo a *otras* opiniones, evitando caer en los prejuicios y en el apasionamiento que normalmente suscita la evaluación, y especialmente la que afecta a investigadores. Y es que, al tratarse de un tema que repercute en la carrera profesional de cada uno, a menudo produce heridas y surge, de manera natural, instintiva, ese apasionamiento que a veces deriva en autoexclusiones del sistema (investigadores que renuncian a someterse a procesos de evaluación), ataques furibundos *contra esto y aquello*

—empleando la expresión unamuniana—, descalificaciones o llamadas a la acción colectiva.

A pesar de que son muchas las mejoras de los sistemas de evaluación de España en los últimos años y que parte de ellas se han producido precisamente por el trabajo realizado por las instituciones y por el intercambio de opiniones y el diálogo entre investigadores, evaluadores y editores, lo cierto es que aún hay mucho por hacer para conseguir no solo un sistema mejor, exigente pero que atienda a la idiosincrasia de cada disciplina, sino también —sobre todo— un sistema en el que todas las partes se sientan involucradas, comprometidas y representadas. La evaluación científica va más allá de las necesidades administrativas, del reparto de recursos y de los indicadores *cientiométricos*. La evaluación científica trata con personas, marca sus carreras y por eso resulta fundamental cuidar y mejorar la comunicación, prestar la debida atención a los distintos argumentos, buscar empatía real y, por supuesto, evitar el malestar. El entendimiento —aunque sea el mínimo— debe darse desde las agencias hacia los evaluadores, pero también a la inversa, también hacia y desde quienes editan, hacia y desde quienes producen indicadores. Y es esta una cuestión fundamental pues, aunque las reuniones y discusiones son frecuentes, pocas veces los unos se llegan a poner en el lugar de los otros y, lo que es peor, no siempre se tiene el conocimiento preciso de las cuestiones que se discuten. No es esta una afirmación descuidada. Desafortunadamente, he asistido a muchos de estos encuentros en los que se proponían soluciones y métodos para evaluar carentes de todo sentido por desconocimiento o desinformación; si bien la voluntad no era mala, el conocimiento ha resultado deficiente y el resultado puede ser dañino.

En el momento de finalizar la redacción de este libro, las agencias de evaluación españolas se encuentran en un momento de transformación, marcado por la creación de la Agencia Estatal de Investigación. La ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación) tiene encomendadas funciones que realiza actualmente la CNEAI (Comisión Nacional de la Evaluación de la Actividad Investigadora), en lo que supone ya una fusión de ambas entidades y ya hay documentos de trabajo que perfilan el próximo sistema de evaluación que, previsiblemente, entrará en vigor en 2016. Entre sus características están la ampliación del número de paneles de expertos para mejorar la representatividad de las áreas que se evalúan y

la realización de una evaluación más cualitativa, basada precisamente en esa mayor presencia de especialistas de las áreas.

Aunque no hay ni habrá sistemas perfectos de evaluación, se debería hacer lo posible por lograr un modelo que pudiera ser más aceptado, que fuera comprendido en sus detalles por todos, que fuera correcto desde el punto de vista metodológico (¡para eso existen especialistas en la materia!), que considerara las especificidades disciplinares y que, por otra parte, no hiriera. Para ello, es necesaria la crítica, pero también la propuesta de alternativas sólidas. Pero también es necesario alejarse del dogmatismo, del calificativo *burócrata* para quien asume la tarea de evaluar, de *mediocre* para el investigador que no logra un sexenio o de *cuantificador* para quien diseña *indicadores de apoyo* a la evaluación científica. Sin esta predisposición, será muy difícil acercar posiciones y, por tanto, construir un sistema en el que todos nos encontremos un poco más cómodos y, sobre todo, que sea más propicio para la investigación.